

# Más o menos Estado

*Gonzalo Fernández de la Mora\**

Los protagonistas y los periodistas continúan utilizando las expresiones «derecha» e «izquierda» para caracterizar las diferentes posiciones políticas. Incluso se las matiza con aditivos como «centro», «extrema» y «ultra». Sin embargo, los votantes y, sobre todo, los politólogos no toman muy en serio tales calificaciones o descalificaciones. El escepticismo de muchos votantes refleja su escasa confianza en las declaraciones de los candidatos y en la representatividad de los partidos. Los politólogos tienen razones y datos para acoger con muchas reservas los términos de derechismo e izquierdismo.

En general, algo se sitúa a la derecha o a la izquierda según el lugar que ocupa el observador. Es una anécdota repetidísima que cuando el forastero inquiera sobre una calle, se producen confusiones porque quien pregunta y el que responde están cara a cara, y la derecha de uno es la izquierda del otro. Son, como «arriba» y «abajo», términos relativos que carecen de valor absoluto porque dependen de la posición del sujeto.

En el caso de la política, ese insuperable relativismo lo confirma la historia: el liberalismo era la izquierda en los tiempos de Fernando VII, y es la derecha en los de Juan Carlos I. El comunismo que se definía como el izquierdismo por excelencia, aparece tintado de derechismo en la Rusia posterior a la caída del telón de acero. Además, dentro de cada partido se puede dar la distinción: en el Frente Popular de la España republicana el socialdemócrata Besteiro era la derecha, y el soviético Negrín era la izquierda. Los contenidos del derechismo y del izquierdismo dependen de las circunstancias y, en las actuales, creo que se manifiestan y distinguen por la actitud acerca de las relaciones entre la sociedad y el Estado.

Hoy, el izquierdismo postula más Estado o sea más intervención de los poderes públicos porque se supone que así se puede proteger a los menos favorecidos frente a la competencia, y porque se espera que ese Estado expropiará a los que producen más renta para repartirla entre los que obtie-

\* Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Director de la revista *Razón Española*.

nen menos. En el fondo de tal planteamiento subyace la convicción de que la libertad económica es inicua mientras que el autoritarismo estatal es justiciero. El izquierdismo actual no limita libertades como la de expresión, pero sí la de poseer, y se considera legitimado para confiscar el producto del trabajo individual a fin de administrarlo desde el poder público. La fiscalidad es una forma muy severa de opresión porque priva al ciudadano de fracciones muy importantes de su tiempo y de sus ingresos, incluso de más de la mitad; es una variante del trabajo forzado, una esclavitud parcial que se aplica progresivamente, es decir, en proporción a la capacidad y al producto de las personas. Cuanto más fracasado sea el ciudadano, menos le será confiscado por el izquierdista que incluso le obsequiará con fracciones de lo decomisado a los exitosos. Cuanto más minusválido, más estatista.

Por el contrario, hoy el derechismo postula más sociedad y menos Estado o sea decreciente participación de los poderes públicos en la administración de la renta nacional. Tal actitud se funda en la convicción de que el libre mercado es la mejor fórmula para adscribir racionalmente los recursos, y de que los funcionarios son peores gestores que los particulares. El derechismo actual es un liberalismo que en algunos casos se presenta como «neo» sin que tal prefijo resulte rigurosamente significativo en teoría económica. Aunque el vocablo «libertad» sea polisémico, cabe afirmar que los derechismos propugnan más libertad de producir y de poseer bienes que los izquierdismos.

La tensión entre mercantilismo y librecambismo es antigua; pero en la segunda mitad del siglo XX el absoluto fracaso del socialismo real ha decidido la alternativa a favor de la iniciativa privada y del libre mercado. Ésta es la razón de que los izquierdismos supervivientes, como la llamada socialdemocracia, no cesen de aproximarse a los programas derechistas que se concretan en liberalismo («neo» o «paleo»), desregulación y privatización o sea amortización de los efectos del moderno izquierdismo intervencionista, inspirado principalmente en Marx y en Keynes. Simultáneamente se ha producido el triunfo parcial de la llamada «revolución conservadora» (no en los valores).

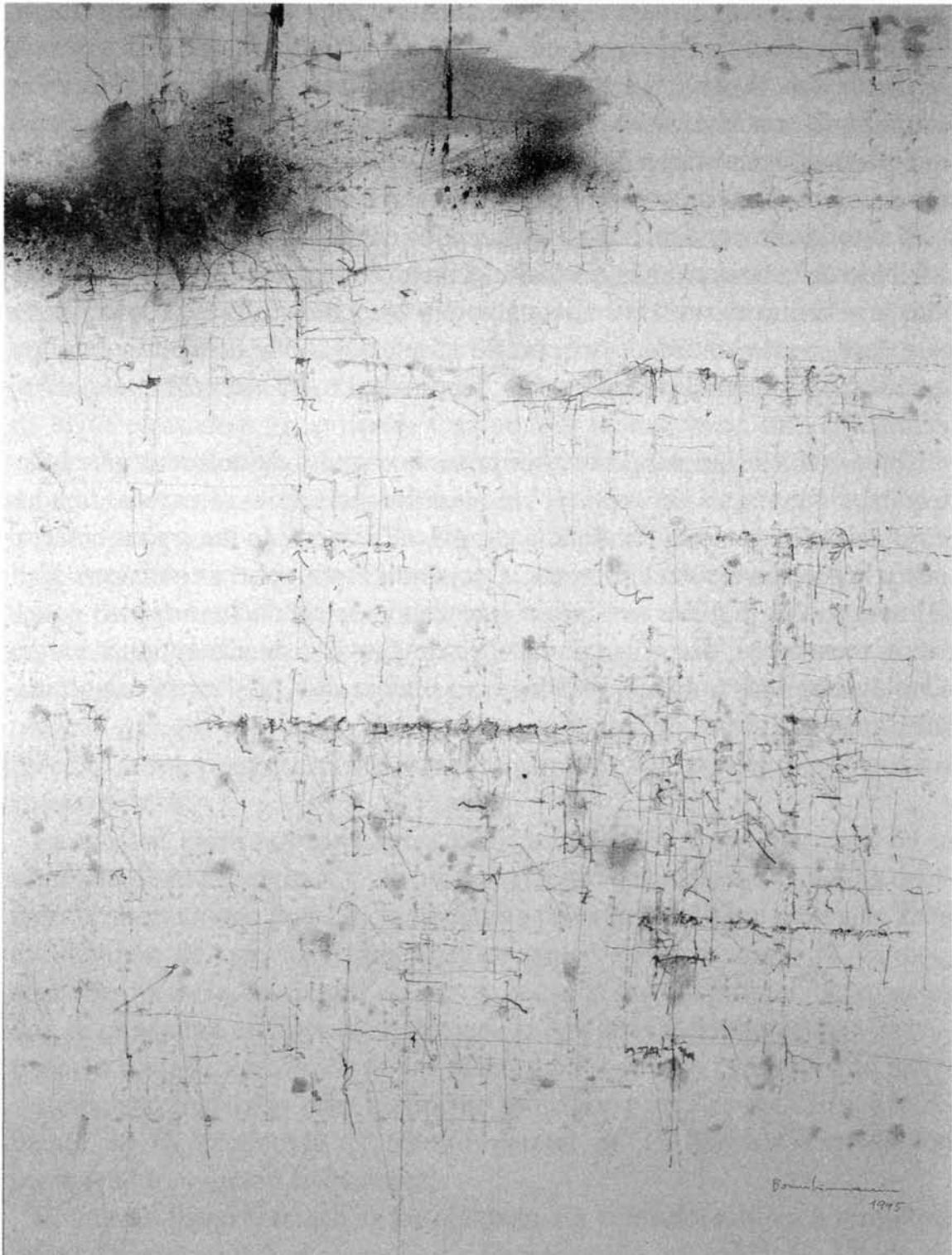
El izquierdismo estatista se ha quedado sin pensadores y va a remolque de los liberales que han contado con figuras como las de Hayek, Friedman o Buchanan. Los teóricos del izquierdismo, incluso los últimos como Gramsci, han pasado a la erudición o al olvido, y los que se reciclan de liberalizantes ocasionales han dejado de ser intelectual y aun moralmente respetables.

Los nacionalismos son radicalizaciones de autoidentificación colectiva que suelen desembocar en insolidarios egoísmos («lo nuestro para noso-

tros»), en xenofobias y en fundamentalismos. Hay nacionalismos estatalizadores y privatizadores, es decir derechistas e izquierdistas; están allende la distinción. Los nacionalismos, aunque apoyados en alguna referencia estructural, son teorizados y excitados por aquellos ambiciosos de poder que prefieren ser cabeza de ratón a cola de león. Los nacionalismos resultan involutivos en una convivencia cada vez más globalizada.

El catolicismo, que en el pasado fue políticamente muy beligerante, se ha inhibido de la cosa pública después del concilio Vaticano II, y no es ni derechista ni izquierdista. Hay cristianos que exigen más Estado y hay otros que desean más sociedad. A causa de tal pluralismo la confesión católica, quizás más aún que las protestantes, ha dejado de ser una referencia política clara.

El futuro histórico se resiste a ser predicho a causa de una constante indeterminación; pero, a corto plazo, creo que las sociedades avanzadas tienden a reducir el peso de la burocracia estatal, el número de las reglamentaciones y la presión de los impuestos. Occidente se encuentra en una era liberal aunque los partidos se aferren a la terminología decimonónica –socialismo, centrismo, derechismo, etc.– ya desprovista de sus antiguas cargas ideológicas. Más o menos Estado, ésa es la cuestión; lo demás es políticamente accesorio.



Sin Título. Acuarelas líquidas y pigmentos (1995)